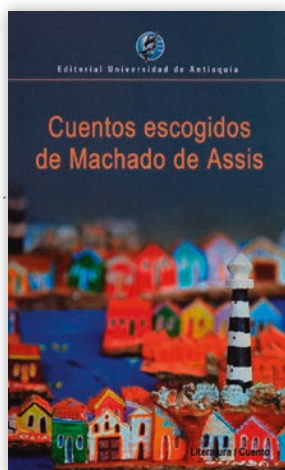


Claroscuro carioca



Cuentos escogidos de Machado de Assis

Compilación y traducción de Jhony Alexander Calle

Prólogo de Elkin Obregón

Editorial Universidad de Antioquia
Medellín - Colombia

158 p.

Después de que Elkin Obregón nos presentara en una *Misa de gallo* a Machado de Assis, creo que fuimos legión los que a partir de ese momento nos convertimos en fieles de su cofradía. Era la primera traducción que se hacía en Colombia, por lo menos en libro, de sus cuentos. Y aunque este género fue el que le mereció a su autor los elogios de la crítica y el afecto del público, dos valores que no siempre se compaginan, luego supimos que el brasileño también había escrito por lo menos cinco novelas, cientos de crónicas, varias obras de teatro, además de versos no tan malos, según los entendidos.

Con el fervor de Machado, inicié mis pesquisas en la biblioteca de la Alma Mater, donde tuve la fortuna de encontrar el tomo de *Quincas Borba*, junto con una antología titulada, sin ningún retintín, *Cuentos*; ambos títulos de la colección Ayacucho de Venezuela. Luego fue el propio traductor antioqueño, ya mencionado, quien me prestó *El Alienista*, con la insistente condición de que se lo devolviera. Pasaron varios años antes de que esto sucediera; en el ínterin pude hallar

las *Memorias póstumas de Blas Cubas*, una novela, a manera de diario, que Susan Sontag había comparado, por sus agudezas de estilo, con el *Tristram Shandy*, de Lawrence Sterne.

Machado volvió otra vez, en versión del mismo traductor, Obregón, en una iniciativa de la Editorial de la Universidad Pontificia Bolivariana. El libro se llamaba *Cuento de escuela y diecisiete cuentos más*.

Mientras hallaba otros escritos, como *Varias historias*, por Casa de las Américas, encontraba que Joaquim María Machado de Assis se parecía cada vez más a él mismo. Ignoraba todo sobre su primera época, la que designan como período romántico, pero el mundo que se revelaba en estas ficciones se me figuraba en claroscuro, como si el propio autor evadiera la playa legendaria de su ciudad, o incluso que a sus personajes les sucediera algo en plena calle. Los claustros de Assis hacían honor al toponímico franciscano de su apellido. De modo similar, los personajes se me aparecían como una conjunción de luz y sombra, nunca develados del todo, pero tampoco ocultos. Ocurre, por ejemplo, en cuentos como "La noche del almirante" y "Unos brazos", donde las intenciones secretas de los protagonistas nunca se hacen explícitas, apenas asoman como una línea de luz, y tal vez por eso resultan tan inquietantes, como se ha dicho que sucede en el cuento moderno, donde hay un relato que se oculta, o donde lo que aparece entre líneas es quizá más importante que aquello que florece en las superficies.

"Su obra es triste y sonríe", dice Obregón; quizá por esta misma razón, lo que le importa al autor es insinuar un carácter. Para ello no recurre a hechos en los que la tragedia es obvia y desgarradora, como asesinatos oscuros y demás pesadillas; prefiere las desdichas sutiles, las pequeñas infamias o la discreta perversión de un maestro de escuela o de un psiquiatra de provincia. Como sucede con Chéjov, en esos asuntos anodinos parece que los seres humanos se revelaran de un modo menos literal que en un drama isabelino. Este arte de lo implícito nos recuerda a Humpty Dumpty: "si lo hubiera querido decir lo habría dicho".

En sus relatos cariocas no hay chicas de Ipanema, ni papagayos, tampoco desfila Carmen Miranda con su célebre tocado de bananas, nadie baila samba, acaso una polka; y a pesar de eso, el cuadro fluminense que pinta Machado está hecho como un carboncillo que contiene todos los colores sin tenerlos. Entonces casi nada de lo humano se le escapa: desde la crítica social de las pretensiones burguesas, hasta los enigmas

científicos; desde los dilemas sentimentales hasta las fantasmagorías del cerebro.

Por eso no deja de asombrar que un personaje como Joaquim María, que escasamente alcanzó los rudimentos de la escuela, bisnieto de un esclavo e hijo de un obrero y una maestra elemental, lograra con su avidez autodidacta trasegar por asuntos diversos de la filosofía, las fronteras de la razón, la crisis del arte y la condición política de su tiempo. En el relato de su vida se cuenta que era tartamudo y que había nacido en el Morro do Livramento, un cerro de Río, menos famoso que el Corcovado, que ya era un barrio humilde en su tiempo, y hoy alberga una favela. También se menciona su labor de tipógrafo, que le permitió no solo conocer los pormenores del oficio periodístico y de la escritura, sino codearse con escritores como Manuel de Almeida. Así fue hilando una obra que bajo la forma de libros parece corta, pero que aún continúa dispersa en hemerotecas de Brasil. Hoy se sabe que escribió más de doscientos relatos, una cantidad innumerable de textos dispersos en diarios, gacetillas y hasta revistas del corazón, que suscitan estudios críticos y relativos de la obra, tanto sobre el ámbito citadino del Río de mediados del siglo XIX y comienzos del XX, como sobre su influjo en las letras de todo el mundo, donde su nombre se vincula con una de las tantas formas de ser clásico. Además, no hay que soslayar la faceta experimental de su arte, o la manera como prefigura narrativas contemporáneas, como las de Erico Verissimo o Rubem Fonseca, con una mixtura de géneros: entre ensayo y novela, el cuento y el diario, en obras como las *Memorias póstumas de Blas Cubas* o en el mismo *Quincas Borba*.

Ante este desbordado creador, cuyos papeles dispersos son un desafío para el exegeta, el devoto de a pie agradece que le traigan cualquier reliquia nueva, para el gozoso arte de leer al venerable de Assis otra vez. Ese es uno de los méritos de la selección que acaba de compilar, traducir y comentar Jhony Alexander Calle, en el libro editado por la Universidad de Antioquia, *Cuentos escogidos de Machado de Assis*. En sus páginas hay algo del cronista, otro tanto del pensador del arte y de la ciencia, y mucho del cuentista desconocido que no suele aparecer en las consabidas antologías de marras. Calle, en una esmerada labor de arqueología, no solo hurga en los periódicos donde Machado mojaba tinta, sino que esclarece para el lector en español el origen de ciertos giros o sus decisiones como traductor para verter, sino las palabras cercanas, al menos el espíritu que anima la escritura machadiana en cada frase.

A pesar de lo breve, la muestra permite escalar la dimensión de una obra con unos matices muy diversos, como lo hemos venido esbozando, y nos permite a los lectores apreciar los virajes estilísticos y temáticos, desde cuentos de juventud hasta la marcha fúnebre, donde, en palabras del compilador, el narrador “se sirve de la incapacidad humana, figura típica de la tragedia, de luchar contra los designios de la muerte”, que Machado sentía rondando en sus cuartos.

En “Ideas del canario”, el autor hace un apólogo moral sobre la libertad, y se vale para ello de un canario que nos recuerda al Pessoa de “Estar preso no tiene nada que ver con el tamaño de la jaula”. El cuento, que en principio parece una ficción fantástica, se va tornando en una soberbia reflexión donde se alude en clave de ficción a conceptos morales, como la servidumbre, o incluso físicos, como el espacio y el tiempo: un canario que no solo habla sino que filosofa, tanto así que el propio narrador no sabe ya si quedarse con las palabras o con las ideas. En suma, el escritor nos pasea desde una jaula por tópicos del pensamiento occidental, como el escepticismo de Montaigne, los diálogos filosóficos entre Horacio y Hamlet sobre los límites del conocimiento, o la idea de que cada uno habla desde su lugar, así como el sastre de Carlyle solo podía ver el mundo desde la sastrería, o el jardinero de Jerzy Kosinski cifraba la existencia desde el comportamiento de las plantas.

De otro lado, en dos de los textos reunidos, uno extraído de *Historias sin fecha*, se evidencia una crítica a la ciencia experimental donde el ideal de verdad positivista es superior a cualquier sacrificio, incluso el de la muerte del investigador, como en la célebre parábola romántica de Mary Shelley.

Sin pretender fatigar el sentido de esta antología, quisiera señalar otro de los temas que aparece en el libro, y es la preocupación de Machado de Assis por el sentido de la creación artística, por las relaciones complejas entre el sentir popular de una tradición como la brasilera y el supuesto gran arte, el de las élites ilustradas. Sin caer en el didactismo o en la reflexión árida o docta, puesto que estamos hablando de cuentos, el autor utiliza el hilo de los acontecimientos para mostrar con agudeza de ingenio, humor despiadado o sátira moral la perfecta inutilidad de la poesía, por ejemplo, desde la escala de valores de la productividad social, o el papel del artista en la sociedad, asuntos que narra del modo más divertido. Allí aparece un Machado que es hijo de la tradición modernista, en géneros como el apólogo moral, por ejemplo, que fue un género muy

socorrido en Hispanoamérica por escritores como Darío, Martí y hasta nuestro Luis Tejada. Por momentos, el autor parece narrando como un cronista —que también lo fue— los tejemanejes de la clase media carioca, donde la sola idea de que un hijo se vuelva poeta era ya un exabrupto. De hecho, en una de las historias, el giro cínico del argumento hace que el artista, ante su frustración lírica, opte por un camino que considera más decoroso, el de la política.

Además de estos dos asuntos que he resaltado, el de la ciencia y el del arte, la obra que la Editorial Universidad de Antioquia extrae de las sombras les permite a los nuevos lectores de Machado de Assis descubrir el tono y los temas que le son propios, y que acota el maestro Elkin Obregón en un sucinto y lúcido prefacio.

Cito una confesión del traductor, menos socorrida que la traición. Se precisa haber leído un buen rato al maestro fluminense y frecuentar su lengua, vecina a la nuestra, por algún tiempo, para declarar esta tentación:

“Con certeza, en esa extraña mezcla de crítica, de palabra visionaria, libre y al mismo tiempo excesivamente condicionada, reside la virtud de las letras machadianas. Y este proceso de traducción, laberíntico como los caminos que para Creta fabricó Dédalo, podría exigir del traductor no volar muy alto, pues entre libertad y acierto podría correrse el riesgo de estar muy cerca del sol”. ■

Fernando Mora Meléndez



La Revista Universidad de Antioquia felicita al escritor, profesor y colaborador Pablo Montoya Campuzano, quien fue galardonado con el Premio Honorífico José María Arguedas de Casa de las Américas 2017, en la modalidad narrativa, por su obra *Tríptico de la infamia*. Asimismo, al profesor de cátedra e investigador Pedro Antonio Agudelo, ganador del Premio Literario Casa de las Américas 2017, en la modalidad Ensayo de tema histórico social, por su libro *América pintoresca y otros relatos efrásticos de América Latina*.

